

# LA EXPERIENCIA Y LA TEOLOGÍA DE LA VIDA ORDINARIA

## Comentario a la enseñanza del Beato Josemaría Escrivá

HERNÁN FITTE

Habitualmente hablamos de la vida ordinaria para referirnos a la vida corriente, a la vida de todos los días. Charles Taylor utiliza el término *ordinary life* para «designar esos aspectos de la vida humana que conciernen a la producción y a la reproducción, es decir, el trabajo y la manufactura de las cosas necesarias para la vida», incluyendo en este término el matrimonio y la familia<sup>1</sup>. Václav Havel, en cambio, usa la expresión vida corriente para hablar de las cosas que se encuentran allí, antes de que hablemos de ellas<sup>2</sup>. Para el Beato Josemaría Escrivá, la vida ordinaria tiene una valencia más amplia. Utiliza en sus escritos las expresiones *vida ordinaria*, *vida corriente*, y *vida cotidiana* para referirse a la vida en familia y al trabajo, o a la realidad diaria de las pequeñas cosas que componen la vida de una persona común, o también para aludir específicamente a la vida de aquellas personas que no tienen especiales distinciones o funciones en la Iglesia (o sea, la vida secular de los fieles laicos; de los bautizados que no pertenecen al estado clerical o al estado religioso). En estas páginas nos proponemos comentar algunos aspectos de esa enseñanza del Beato, a la luz de lo que hemos llamado la experiencia de la vida ordinaria y de los elementos teológicos que encuadran el significado de la vida cotidiana. Precede a esto una breve consideración histórica.

### 1. ESQUEMA DE LOS MODOS DE CONSIDERAR LA VIDA ORDINARIA A LO LARGO DE LA HISTORIA

En las culturas más arcaicas la vida cotidiana era el único horizonte posible de la existencia humana. Las pinturas rupestres de las cavernas reproducen escenas de caza, de agricultura, de una vida que se

1. Ch. TAYLOR, *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, Barcelona 1989, p. 228.

2. Cfr. V. HAVEL, *Open letters. Selected writings 1965-1990*, New York 1991.

desarrolla en pequeños grupos familiares o tribales. La existencia se agota en lo cotidiano y ordinario, y no deja margen para intereses de otro tipo<sup>3</sup>. En el mundo griego precristiano aparece la distinción entre dos tipos de vida: aquella verdaderamente humana de quien tiene los medios materiales para poder prescindir del trabajo físico y vivir como un ciudadano, y la vida inferior de quien se tiene que ocupar de las labores y los trabajos ordinarios. De un lado, parte de la literatura griega desprecia la realidad cotidiana al exaltar el ideal heroico de las gestas militares, que se aleja de lo ordinario y sublima el interés por lo poco corriente. Por otra parte, la filosofía teoriza una sociedad en la que la vida contemplativa y el gobierno de la *polis* aparecen como las formas superiores de vida. El trabajo físico, la explotación de la tierra y las labores domésticas son ocupaciones propias de los esclavos y de las clases inferiores<sup>4</sup>.

Para el judaísmo la situación es muy diferente. El Dios de Israel se revela como un dios que trabaja, que se ensucia las manos. Es un dios muy distinto a los demás dioses de la antigüedad, pues está presente e interviene activamente en la historia; es un dios que se enoja y que perdona, que castiga y se arrepiente, que aparece y desaparece: ciertamente, no es un dios que crea y se olvida de sus creaturas. En los primeros capítulos del Génesis, las manos de Dios y las manos del hombre trabajan conjuntamente, y de este modo, el hombre es colaborador de Dios en el plan de la creación. En otras religiones, el hombre trabaja para que los dioses descansen; en Israel, Dios trabaja incluso «mientras duerme su amado»<sup>5</sup>, y cuando Dios descansa, hace partícipe al hombre de su reposo<sup>6</sup>. Con estos datos, era de esperarse un pensamiento judío sobre el valor de la vida cotidiana como colaboración y diálogo con el Creador. Sin embargo, esto no es así<sup>7</sup>.

En la edad media la situación parece haber variado poco. Ya no tanto por un desprecio de las cosas ordinarias y cotidianas en sí mismas, cosa que es imposible en un espíritu cristiano, sino porque la cultura medieval, en su mayor parte, considera la vida contemplativa y el apartamiento del mundo como la forma más elevada de la vida cristiana. Lo ordinario, lo corriente, el trabajo de cada día en la administración de los bienes temporales no son considerados como un mal, pero lo valioso desde el punto de vista religioso, es precisamente lo contrario: el apartamiento del mundo, la vida contemplativa, el orden sobrenatural.

3. Cfr. R. OTTO, *Das Heilige*, trad. ital. *Il Sacro*, Milano 1984.

4. Cfr. A. GOULDNER, *Sociology and ordinary life*, New York 1971.

5. Sal 127, 2.

6. Ex 20, 8-11 y Salmo 94.

7. Rabí A. KREIMAN, *Tesoros de la tradición judía*, Buenos Aires 1995.

Con la llegada de la modernidad se produce un cambio importante en el modo de valorar la vida cotidiana. Simplificando mucho la realidad, se puede afirmar que esto sucede al menos por dos motivos. En primer lugar, por un motivo religioso, pues como veremos en el próximo apartado, al asumir el protestantismo una posición contraria a cualquier forma de vida monacal y contemplativa, la vida cristiana pasó a ser valorada principalmente desde los términos de trabajo, de familia y de vida social, como lugares del encuentro y de la obediencia a Dios. El segundo factor que motivó el cambio en el modo de considerar la vida cotidiana fue el progreso científico, sobre todo los descubrimientos en la física y en la biología, y luego en la economía y en la política, que relegaron a un segundo lugar la reflexión filosófica y la vida contemplativa. En aquel nuevo estadio de la humanidad se trataba de «hacer», de producir, de organizar. La verdad no era ya el objeto de la especulación teórica, sino que «lo verdadero» pasó a ser lo científico y lo experimentable. De este modo, la modernidad comenzó a juzgar en modo más positivo el trabajo y la vida ordinaria, lo que cada uno es capaz de hacer y aportar a los demás, lo que tiene un valor capaz de ser intercambiable en el mercado<sup>8</sup>.

## 2. LA EXPERIENCIA DE LA VIDA ORDINARIA

La vida cotidiana parece ser un tema de gran actualidad e interés para la sociología contemporánea<sup>9</sup>, así como para los estudios científicos sobre el gobierno de las empresas y de las organizaciones<sup>10</sup>. Cabe preguntarse si este florecimiento del interés por la vida cotidiana es consecuencia de la crisis de las ideologías —esto es, de una necesidad de apoyarse en lo común, por falta de horizontes superiores—, o si en cambio se trata de una evolución de la sociedad hacia una mejor integración de lo corriente en el proyecto global de la vida.

Otros estudios afirman que la experiencia del cansancio y de la monotonía en la vida de cada día inclinan a la mayor parte de los hombres a huir de la vida corriente. Muchas veces lo cotidiano es visto como algo aburrido, repetitivo, alienante, unido a obligaciones que es

8. D. MÉDA, *Le travail. Une valeur en voie de disparition*, Paris 1995, capp. 1 y 2.

9. Cfr. P. DONATI, *Senso e valore della vita quotidiana*, Roma 2002; en <http://www.usc.urbe.it/congresso2002/relazioni/Donati.pdf>. Cfr. punto 2.5, en donde se presenta una abundante bibliografía de estudios sociológicos sobre la vida cotidiana.

10. Cfr. HICKMAN Y SILVA, *Creating Excellence*, New York 1984; T. PETERS-R.H. WATKINS, *On Search of Excellence*, New York 1987; J. GIRAL, *Cultura de efectividad*, Mexico 1991; F. FUKUYAMA, *Trust*, Mexico 1996; F. REICHELDT, *The Loyalty Effect*, Boston 1996; C. HANDY, *La edad de la paradoja*, Barcelona 1996.

difícil cumplir, y de las cuales muchas veces se desea huir para encontrar la propia «realización» en algo nuevo y distinto. Se busca desconectar de lo corriente para encontrarse a sí mismo de otro modo, y para esto se planea un viaje, un nuevo deporte, un cambio de actividad profesional, o se buscan nuevas amistades, o un pasatiempo cualquiera<sup>11</sup>. Hay personas que rechazan la vida cotidiana de modo aún más radical, y se refugian en formas extremas de evasión de lo ordinario, como pueden ser la droga o la violencia.

La diversidad de opiniones lleva a preguntarse sobre los motivos que puede tener una persona para interesarse por lo cotidiano, o en su defecto, para huir física o mentalmente de la vida ordinaria. En este sentido, podemos considerar dos tipos de respuestas: las que encuentran en la vida cotidiana un valor inmanente a la misma cotidianidad, y las que consideran que la vida ordinaria tiene valor en cuanto se refiere a algo que la trasciende (en sentido no necesariamente religioso). Es posible que en la práctica estos dos argumentos se den juntos o entremezclados:

I. ¿Quiénes sostienen que lo cotidiano tiene un valor en sí mismo?

— en primer lugar, aquellos que dan al empeño diario el valor material del beneficio económico. Para este primer grupo, lo que se hace en la jornada diaria tiene un valor en la medida en que esa actividad es reconocida materialmente (en general, monetariamente y socialmente, en forma de salario o de *status*). El trabajo cotidiano vale porque es un bien fungible, una mercadería que se puede cambiar o vender por dinero, un bien reconocido por los demás, que tiene poder de compra, al cual se le reconoce un precio adecuado. Desde esta perspectiva, el valor de la vida ordinaria se identifica con el *status* que consigue proporcionar, con la retribución o con el prestigio, y la sociedad se divide en categorías de acuerdo con la posición que consigue cada uno;

— también sostienen el valor intrínseco de la vida ordinaria, los que consideran que el trabajo y la vida social son los caminos a través de los cuales es posible perfeccionar y mejorar la propia persona en sus diversas facetas y capacidades. En la vida cotidiana la persona puede desarrollarse o degradarse, mejorar o empeorar, realizarse o alienarse, siempre como persona considerada en su individualidad. La persona se hace más hábil, más competente, más prestigiosa, hasta llegar quizás a ser la mejor en un determinado aspecto de la vida. Y sobre este altar se sacrifica la totalidad de la vida diaria;

11. C. CONTI, *Il dramma uniforme. Per una teoria della vita quotidiana*, Bologna 1979, en P. DONATI.

— finalmente, dentro de los que ven un valor en la vida ordinaria, podemos considerar el grupo de aquellos que la ven como el camino obligado de relación social. La vida corriente tiene valor, pero sólo porque no se conoce otro modo de estar en el mundo. En realidad, se trata de una aceptación pasiva y resignada de lo cotidiano, y no de una valoración de la cotidianidad en sí misma. Esta visión suele coincidir con la mediocridad o con la falta de horizontes y perspectivas.

En las tres posibilidades que hemos presentado como constitutivas del primer grupo se encierra una misma idea de fondo. El valor de lo cotidiano se especifica en la dimensión horizontal de la vida, y allí encuentra su fin: sea porque es considerada como el instrumento de poder económico y social, o porque es tenida como el modo de desarrollar el propio proyecto de vida, o porque es simplemente una fatalidad de la que es imposible huir<sup>12</sup>.

II. ¿Quiénes sostienen que la vida cotidiana (especificada en sus dimensiones corrientes del trabajo, la familia y la relación social) implica un valor que la trasciende (en sentido no necesariamente religioso)?

— aunque parezca paradójico, existe en el marxismo una valoración de lo concreto histórico y cotidiano desde una perspectiva de «trascendencia materialista». Es el énfasis marxista en la redención del proletariado a través de una absolutización de la historia y de la exaltación del hombre productor<sup>13</sup>. Las masas, las clases sociales, los sujetos comprometidos «hacen» la historia a través del trabajo, que necesariamente es cotidiano y ordinario, aunque sea revolucionario. El marxismo es una filosofía materialista de la historia que pone su acento en la vida cotidiana como «lo concreto e importante», porque esa es la fuerza disponible para el cambio y la revolución. Por supuesto, lo cotidiano no es importante en sí mismo, sino que lo es como medio para la revolución y como manifestación de compromiso con la historia. Para un marxista, quien no se compromete con el cambio, huye de la historia;

— también dan a lo ordinario un sentido que va más allá de la misma cotidianidad, quienes quieren imponer determinados valores nacionales o imperiales. Son los que buscan construir un Imperio, un Estado superior a los demás, imponer una Raza, promover una Cul-

12. Representativo de este modo de pensar puede ser F. NIETZSCHE, *La gaia scienza*, I, 3, c. 125, 125-126: «Dove è che ci muoviamo noi? Via da tutti i soli? Non è il nostro un eterno precipitare? E all'indietro, di fianco, in avanti, da tutti i lati? Esiste ancora un alto o un basso? Non stiamo forse errando come attraverso un infinito nulla?».

13. K. MARX, *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, Buenos Aires 1960.

tura (realidades que siempre conjugan con la mayúscula). En los años del Iluminismo, este tipo de proyecto fue acompañado en primer lugar por una desacralización (o desclericalización) de la vida cotidiana, y luego por una revalorización de lo cotidiano a través de un proyecto heroico, romántico, o racionalista de clase o de grupo<sup>14</sup>;

— por último, dan a la vida cotidiana un valor trascendente los que la consideran desde un punto de vista religioso. La religión induce a trascender lo inmanente, aunque no todas las religiones den un valor real a lo humano, pues algunas consideran la vida terrena como un encierro momentáneo del que seremos liberados y purificados, como sucede, por ejemplo, en el budismo.

Charles Taylor afirma que «el origen de la afirmación de la vida corriente se encuentra en la espiritualidad judeocristiana, y en particular, en el ímpetu que recibe en la era moderna que le llega principalmente de la Reforma»<sup>15</sup>. Como es sabido, en el primer momento de la Reforma protestante, Lutero valorizó el trabajo y la vida secular y ordinaria como modo de oposición a la idea medieval de la superioridad de la vida religiosa<sup>16</sup>. En la concepción luterana la vida cotidiana es aceptación de la vocación y del lugar que Dios ha dado a cada hombre en el mundo, es servicio a los demás en la vida social, y es ejercicio en la obediencia y en la mortificación de la propia voluntad. Más tarde, Calvino agregó que en la vida cotidiana se ejercitan las virtudes del orden, del ascetismo y de la laboriosidad (profesional y familiar) y que estas actitudes son manifestaciones de la fe en la propia Predestinación. Algunos afirman que la intención del calvinismo de aquella época fue encontrar en la afirmación de la vida cotidiana un *signo* que permitiera superar la angustia que producía la incerteza de la propia salvación<sup>17</sup>. B. Franklin y los Padres fundadores de los Estados Unidos —de tradición puritana— profundizaron aún más la relación entre la salvación y el esfuerzo en la vida profesional y en la vida familiar ordinaria<sup>18</sup>. En general, en el protestantismo, se trata de una valoración de la vida cotidiana como ambiente en el que es posible manifestar la obediencia a Dios, el ascetismo y el desprendimiento

14. G. COTTIER, *La mort des ideologies et l'esperance*, Paris 1969; H. DE LUBAC, *Le drame de l'humanisme athée*, Paris 1944.

15. Ch. TAYLOR, *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, o.c., p. 231. Esta afirmación, típicamente weberiana, debería ser matizada, pues la valoración de la vida cotidiana en la teología protestante parte de una negación del valor objetivo de lo humano.

16. Cfr. G. ANGELINI, *La teologia cattolica e il lavoro*, en «Teologia» 8 (1983) 3-30.

17. Cfr. P. SIDWICK, *The Market Economy and Christian Ethics*, Cambridge 1999: ver pp. 151-199 dedicadas al estudio de la ética protestante del trabajo.

18. Cfr. A. NEGRI, *Storia antologica della filosofia del lavoro*, vol. 2, Milano 1980, pp. 343-463.

de los bienes terrenos, y la conciencia de la necesidad de purgar por los propios pecados. No es una valorización de la historia en sí misma, ni un afirmar que el hombre puede contribuir a la propia salvación a través de su empeño cotidiano, sino una valorización extrínseca de lo humano, que continúa siendo el reino del pecado. Como veremos a continuación, ser corredtores con Cristo es una concepción propiamente católica.

### 3. ELEMENTOS DE TEOLOGÍA PARA VALORAR LA VIDA ORDINARIA<sup>19</sup>

Ser cristiano significa tener como punto de referencia a Jesucristo, Hijo de Dios y Salvador de los hombres. Por este motivo la argumentación teológica sobre el valor de la vida cotidiana debe apoyarse principalmente en las huellas esenciales que han conformado la «cotidianidad filial de Cristo»<sup>20</sup>.

La Encarnación del Hijo de Dios en la naturaleza humana ha dado a los hombres la posibilidad de retornar al Creador<sup>21</sup> y les ha restituido la dignidad perdida: «El que es imagen de Dios invisible (Col 1, 15) es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado. En Él, la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual»<sup>22</sup>. Jesucristo quiso vivir sobre la tierra una vida igual a la de todos los hombres, «trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado»<sup>23</sup>.

19. Muchos de los elementos dogmáticos necesarios para construir una teología de la vida cotidiana pueden encontrarse en los Manuales de antropología teológica, aunque en esas publicaciones dichos elementos se encuentren en modo disperso y sea necesaria una reorganización del material. Por ejemplo, se puede consultar en orden cronológico: M. FLICK-Z. ALZEGHY, *Fondamenti di una antropologia teologica*, Firenze 1970; J. AUER, *Il mondo come creazione*, en J. AUER-J. RATZINGER, *Piccola dogmatica cattolica*, vol. 3, Assisi 1977; J.L. RUIZ DE LA PEÑA, *Las nuevas antropologías. Un reto a la teología*, Santander 1983; L. LADARIA, *Antropologia teológica*, Roma 1983; I. SANNA, *L'uomo via fondamentale della chiesa*, Roma 1989; G. COLZANI, *Antropologia teologica*, Bologna 1992; B. MONDIN, *L'uomo secondo il disegno di Dio*, Bologna 1992; y para la teología evangélica, W. PANNENBERG, *Antropologia en perspectiva teológica*, Salamanca 1993.

20. Cfr. A. ARANDA, *Dimensioni della quotidianità, dimensioni della santità*, en «Tempo e spiritualità» (Roma 2001) 73-106; y las mismas ideas, más brevemente expresadas, en «Studi cattolici» 487 (septiembre 2001) 596-603.

21. Col 1, 20: «que por medio de Él todo fuera reconciliado consigo, haciendo las paces por la sangre de la cruz entre las criaturas de la tierra y las del cielo».

22. CONCILIO VATICANO II, constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 22.

23. *Ibid.*



La asunción de todo lo humano por parte de Cristo permite afirmar que cualquier realidad humana honesta y cualquier actividad que el hombre desarrolle unido a Él para procurarse el sustento o en servicio de la sociedad, desarrolla la obra del Creador, sirve al bien de sus hermanos y contribuye a que se cumplan los designios de Dios en la historia<sup>24</sup>. Sabemos además que todo hombre bautizado adquiere, en virtud del sacramento del Bautismo, la capacidad de ofrecer en su vida corriente «sacrificios agradables a Dios»<sup>25</sup>, y que esto es posible en los mismos deberes sociales y en los negocios del mundo, en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social que componen la existencia<sup>26</sup>.

La salvación cristiana se realiza «en la historia». No es una promesa de redención futura o ajena a lo que sucede en el mundo creado. Es una redención «encarnada», que tiene que ver con lo que ha hecho Jesucristo una vez para siempre y con lo que el hombre realiza en el mundo. Aunque la historia de la Salvación no se identifique sin más con la historia del mundo, y «aunque haya que distinguir con cuidado el progreso terreno del desarrollo del Reino de Cristo, sin embargo, el progreso terreno, en cuanto puede ayudar a organizar mejor la sociedad humana, es de gran importancia para el Reino de Dios»<sup>27</sup>.

Las acciones típicamente cristianas son los actos de la virtud sobrenatural de la caridad. La tradición de la Iglesia ha hablado y habla incansablemente de amor preferencial por los pobres, de educar a los ignorantes, de visitar a los enfermos y a los encarcelados, de acudir a los miserables, desesperados, temerosos, a los que sufren la injusticia, la mentira, la violencia, la soledad, el odio, la tristeza, y el vicio. Ahora bien, Jesucristo ha enseñado también que en la cruz de cada día es donde se concreta la posibilidad de seguirle como sus discípulos: «si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz *cada día*, y sígame»<sup>28</sup>. Por ello, la caridad cristiana no consiste de modo habitual en heroísmos extra-ordinarios, sino que se manifiesta como la fuerza inspiradora de los caminos corrientes y ordinarios de cada persona, si esas circunstancias cotidianas son vividas en unión con la Cruz.

La diferencia más radical que existe entre las distintas concepciones religiosas de la vida ordinaria y la concepción cristiana es que el cristianismo la interpreta siempre desde la Cruz. La tradición cristia-

24. Cfr. *ibid.*, nn. 22 y 34.

25. CONCILIO VATICANO II, constitución dogmática *Lumen gentium*, n. 10.

26. Cfr. *ibid.*, n. 31.

27. Cfr. CONCILIO VATICANO II, constitución pastoral *Gaudium et spes*, nn. 37-39, en este texto, número 39.

28. Lc 9, 23. También Mt 16, 24-27, y el comentario a este texto en el artículo de A. Aranda citado más arriba.



na habla de la Cruz como el altar, el trono y la cátedra desde la que se entrega Nuestro Señor Jesucristo. Por ello la vida cotidiana del bautizado puede convertirse, por participación, en camino de santidad si se vive como ofrenda (en referencia al altar), como servicio (en referencia al modo de reinar de Cristo en la Cruz) y como luz y colirio para los demás (en referencia a la Cruz como cátedra)<sup>29</sup>.

El cristiano no ignora que el mal existe, que está activo y que se manifiesta en las más inesperadas situaciones ordinarias. Pero sabe que el pecado, la muerte y el mal han sido derrotados por Cristo Resucitado, «en el mundo tendréis tribulación. Pero ¡ánimo!, yo he vencido al mundo»<sup>30</sup>. Si no conociera estas palabras, resultaría natural el pesimismo y el desánimo en la vida corriente. El mal y el pecado no son la última palabra: «si Dios está por nosotros ¿quién contra nosotros?»<sup>31</sup>.

El hombre es un ser histórico, dinámico, y proyectado hacia el futuro, ya que «no tenemos aquí ciudad permanente, sino que andamos buscando la del futuro»<sup>32</sup>. La vida es simultáneamente intrahistórica, encarnada, y al mismo tiempo, trans-histórica y escatológicamente orientada, pues le aguarda la Vida en compañía definitiva con Dios. La segunda venida de Cristo y el final de la historia no son referencias lejanas, como si la historia fuera un tiempo de simple espera, o lo que sería peor, un tiempo muerto. Por lo tanto, si el hombre lo acepta libremente, el plan de la Redención asume la cotidianidad, lo común de la vida ordinaria, y lo incorpora en la historia de la Salvación, a través del Cristo Resucitado, realizando así «que todo tenga a Cristo por Cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra»<sup>33</sup>.

#### 4. LA SANTIDAD EN LA VIDA ORDINARIA EN LA ENSEÑANZA DEL BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ

Conocer el pensamiento y la enseñanza del beato Josemaría Escrivá sobre el valor santificador de la vida ordinaria no exige abordar una investigación larga y difícil. El tema aparece con fuerza y claridad desde el primer contacto con sus escritos, ya que es uno de los puntos centrales

29. Cfr., por ejemplo, *Gaudium et spes*, n. 67; JUAN PABLO II, encíclica *Laborem exercens*, n. 27 y el capítulo V de la misma encíclica: Elementos para una espiritualidad del trabajo; *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2.427.

30. Jn 16, 33. *Gaudium et spes*, n. 37: «Si alguien pregunta cómo será posible superar esa situación miserable, los cristianos contestarán que todas las actividades del hombre, que por soberbia y por amor propio desordenado se ven cada día en peligro, pueden ser purificadas y llevadas a la perfección por la cruz y la resurrección de Cristo».

31. Rm 8, 31.

32. Hb 13, 14.

33. Ef 1, 10.

de la luz que recibió de Dios en orden a la fundación del Opus Dei<sup>34</sup>. Hay textos de Josemaría Escrivá dedicados a predicar «la grandeza de la vida corriente»<sup>35</sup>, otros en que desarrolla el desafío de convertir la propia tarea diaria en «trabajo de Dios»<sup>36</sup>, y un sinfín de referencias que invitan a considerar lo ordinario como el lugar normal del encuentro con Dios. La sola expresión «vida ordinaria» aparece al menos veinte veces en «Forja» y otras tantas en *Surco*<sup>37</sup>. Como es conocido, la luz de fondo y el elemento más caracterizante de la predicación del Beato Josemaría es la llamada de los hombres a la santidad en el desempeño de los deberes de la vida ordinaria; esto es, la posibilidad de vivir a fondo la vocación cristiana en medio del mundo<sup>38</sup>. Dios quiere que todos los hombres sean santos, y a la inmensa mayoría de ellos los llama a la santidad en medio del mundo, permaneciendo en el propio ambiente y en el ejercicio de las propias ocupaciones profesionales, familiares y sociales.

En los años en los que monseñor Escrivá comenzó a predicar la búsqueda de la santidad en la vida cotidiana, la mayoría de los cristianos consideraba la religión como una realidad lejana a los intereses de las personas que viven en el mundo<sup>39</sup>. Con frecuencia —aún en aquellos años del primer tercio del siglo veinte—, la santidad era vista como un salir de la normalidad, como un hacer cosas «extra-ordinarias», y la religión era vista, en cierto modo, como una realidad paralela a la vida cotidiana. De este modo, Dios quedaba fuera de la vida corriente; sobre todo del trabajo profesional y del mundo civil, que casi acababan por identificarse con lo profano. La predicación del Beato desde 1928 insistió en que la santidad cristiana es una llamada de Dios a todos los hombres, y que la santificación de las personas corrientes que viven en medio del mundo es parte del plan divino. El cristiano corriente, sin más investiduras que la de la vocación bautismal, está llamado a vivir a fondo su vocación, buscando santificar el trabajo, la familia, la vida cívica y social, la amistad y los sucesos de cada jorna-

34. A esta cuestión ha sido dedicado el Congreso Internacional «La grandeza de la vida ordinaria», celebrado en Roma con ocasión del centenario del nacimiento del Beato. Hasta que sean publicadas las Actas del Congreso, las conferencias se pueden encontrar en <http://www.usc.urbe.it/congresso2002>.

35. Cfr. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, Madrid 1977, nn. 1-22.

36. *Ibid.*, nn. 55-72.

37. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Surco*, Madrid 1986; y *Forja*, Madrid 1987. Otras fórmulas frecuentes son: vida cotidiana, trabajo cotidiano, esfuerzo cotidiano, realidades cotidianas, prácticas cotidianas de piedad, lucha cotidiana.

38. Así lo afirmó Juan Pablo II en la homilía del día de la beatificación del Beato: «con sobrenatural intuición, el beato Josemaría predicó incansablemente la llamada universal a la santidad y al apostolado. Cristo convoca a todos a santificarse en la realidad de la vida cotidiana», en «Romana» 8 (1992) 4, y la misma idea en pp. 19-20.

39. Cfr. J.L. ILLANES, *La santificación del trabajo*, Madrid 102001.

da con el espíritu de Cristo. De este modo, apoyado en una vida de oración y penitencia intensas, puede reconducir a Dios las realidades humanas honestas desde el lugar que ocupa en el mundo<sup>40</sup>.

Siendo esta doctrina así de clara, sin embargo, lo que resulta laborioso es conseguir una penetración teológica que ayude a profundizar en el mensaje. La teología no puede limitarse simplemente a repetir o sistematizar el material disponible. El desafío con el que la teología tiene que enfrentarse es el de teologizar, por así decirlo, «a partir» de las luces que esa enseñanza le ofrece. Aquí nos limitamos a comentar unos pocos textos del Beato Josemaría a la luz de lo que hemos escrito en los apartados precedentes (nn. 2 y 3).

Se lee en el capítulo de *Surco* titulado «Trabajo»: «Me escribes en la cocina, junto al fogón. Está comenzando la tarde. Hace frío. A tu lado, tu hermana pequeña —la última que ha descubierto la locura divina de vivir a fondo su vocación cristiana— pela patatas. Aparentemente —piensas— su labor es igual que antes. Sin embargo, ¡hay tanta diferencia! Es verdad: antes *sólo* pelaba patatas; ahora, se está santificando pelando patatas»<sup>41</sup>.

Pelar patatas se presenta, si podemos utilizar esta expresión, como el prototipo de lo cotidiano, como ejemplo de actividad o trabajo corriente y sin brillo humano, repetitivo y poco atrayente desde una perspectiva puramente horizontal. Si atendemos a los motivos que pueden llevar a aquella muchacha al trabajo de pelar patatas, puede suceder simplemente que para esa joven campesina, pelar patatas sea simplemente el modo de sostenerse económicamente, como en el caso de quién ve en lo cotidiano la sola dimensión retributiva. Puede pelar patatas sólo por ese motivo, o porque quiere convertirse en la persona más hábil pelando patatas, hasta convertirse en la campeona regional o nacional del pelado de patatas. O quizás pela patatas porque es lo que le ha tocado en suerte como género de vida, y lo ha aceptado con resignación. También puede suceder que la joven a la que hace referencia el punto de *Surco* en cuestión vea en esa actividad algo trascendente al mero acto de pelar patatas: quiere cambiar el mundo a través de una re-

40. Cfr. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, Valencia 1939, *passim*. Sobre la insuficiencia de la sola buena voluntad y la necesidad de los medios sobrenaturales, advertía: «pienso, efectivamente, que corren un serio peligro de descaminarse aquellos que se lanzan a la acción —¡al activismo!—, y prescinden de la oración, del sacrificio y de los medios indispensables para conseguir una sólida piedad: la frecuencia de Sacramentos, la meditación, el examen de conciencia, la lectura espiritual, el trato asiduo con la Virgen Santísima y con los Ángeles custodios (...) Todo esto contribuye además, con eficacia insustituible, a que sea tan amable la jornada del cristiano, porque de su riqueza interior fluyen la dulcedumbre y la felicidad de Dios, como la miel de panal»: *La grandeza de la vida corriente*, en *Amigos de Dios*, o.c., n. 18.

41. ID., *Surco*, o.c., n. 498.

volución contra los propietarios de las patatas, o construir el «Imperio cultural de la patatas fritas»; o si tiene una espiritualidad cristiana de tipo luterano, puede estar buscando purgar los propios pecados con la austera acción del pelapatatas y asegurarse de su propia predestinación.

A la luz de lo que hemos dicho en el tercer apartado sobre la «teología de la vida cotidiana», es evidente que existe otra posibilidad. Es la que quiere introducir el Beato Josemaría Escrivá al decir que «antes *sólo* pelaba patatas; ahora, se está santificando pelando patatas». La materia objetiva y concreta del acto humano de pelar patatas no cambia; cambia la actitud de fondo que puede aportar el sujeto que cumple la acción a la luz de la dimensión sobrenatural de la fe. Es la posibilidad de convertir una actividad humanamente poco importante, repetitiva, en una realidad santa y en un medio de santificación de la propia existencia y de la de los demás. Se puede añadir, además, que en el texto aludido el Beato incoa la idea de que para quien está llamado a vivir una vida secular, la santificación de lo ordinario parece el único camino realista, porque «o sabemos encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor, o no lo encontraremos nunca»<sup>42</sup>.

Ahora bien, convertir la tarea ordinaria en realidad santa pasa necesariamente a través de lo que hemos señalado como el *proprium* del cristianismo, esto es, de la unión de la vida cotidiana con la Cruz de Cristo. Desde esa actitud vital de unión con el Redentor es posible hacer de la propia vida un holocausto, un servicio y luz para la vida de los demás. No es de extrañar entonces que la enseñanza del Beato sobre la santificación del trabajo y de la vida corriente haga continua referencia al esfuerzo por trabajar bien, a la necesidad de estar disponibles para el servicio al prójimo en las ocupaciones de cada día, y al afán de convertir la vida común en apostolado.

## 5. LOS CAMINOS CONCRETOS DE LA SANTIDAD EN LA VIDA ORDINARIA

Pero, como afirma monseñor Álvaro del Portillo, «las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá no son ni un tratado teórico, ni un pron-

42. ID., *Conversaciones con Mons. J. Escrivá de Balaguer*, Madrid 1969, n. 114. «Pensando en aquellos de vosotros que, a la vuelta de los años, todavía se dedican a soñar —con sueños vanos y pueriles, como Tartarín de Tarascón— en la caza de leones por los pasillos de su casa, allí donde si acaso no hay más que ratas y poco más; pensando en ellos, insisto, os recuerdo la grandeza de la andadura a lo divino en el cumplimiento fiel de las obligaciones habituales de la jornada, con esas luchas que llenan de gozo al Señor, y que sólo Él y cada uno de nosotros conocemos. Convinceos de que ordinariamente no encontraréis lugar para hazañas deslumbrantes, entre otras razones, porque no suelen presentarse. En cambio, no os faltan ocasiones de demostrar a través de lo pequeño, de lo normal, el amor que tenéis a Jesucristo»: *La grandeza de la vida corriente*, o.c., n. 8.

tuario de buenas maneras del espíritu. Contienen doctrina vivida, donde la hondura del teólogo va unida a la transparencia evangélica del buen pastor de almas»<sup>43</sup>. El Fundador del Opus Dei no pretendió ser «un teórico de la espiritualidad», sino que el empeño de su vida fue difundir el mensaje que había recibido de Dios. Por eso es lógico que su predicación no se haya limitado sólo a proclamar grandes ideas de fondo, sino que incluya una gran cantidad de consejos e indicaciones prácticas sobre los medios y las virtudes necesarias para cubrir la distancia que une las buenas intenciones con la santidad verdadera. He aquí algunos pocos ejemplos de esas indicaciones:

— la búsqueda de la santidad en la vida ordinaria exige una lucha *concreta*, que se materialize en los desafíos reales, pequeños o grandes, que se presentan en cada jornada. Dice el Beato en *Surco*: «No me seas *teórico*: han de ser nuestras vidas, cada jornada, las que conviertan esos ideales grandiosos en una realidad cotidiana, heroica y fecunda»<sup>44</sup>. Y en otro punto: «Has notado con más fuerza la urgencia, la *idea fija* de ser santo; y has acudido a la lucha cotidiana sin vacilaciones, persuadido de que has de cortar valientemente cualquier síntoma de aburguesamiento (...)»<sup>45</sup>. Por eso, «tu impaciencia santa, por servirle, (...) será estéril si no va acompañada de un efectivo mejoramiento en tu conducta diaria»<sup>46</sup>. Vivir a fondo la vocación cristiana implica el empeño por dar una respuesta personal y concreta, que busque materializar las buenas intenciones en las realidades cotidianas. La misma idea la expresaba cuando afirmaba que «la vocación cristiana consiste en hacer endecasílabos de la prosa *de cada día*»<sup>47</sup>.

— el deseo de santidad en lo corriente va unido necesariamente al deseo constante de ejercitarse en *las virtudes humanas*. El Beato Josemaría predicó que la vida sobrenatural se construye, con la gracia de Dios, sobre el ejercicio de las virtudes humanas, y no sobre la negación o el olvido de lo humano<sup>48</sup>. En sus escritos se refiere continuamente a la amistad, lealtad, fidelidad, sencillez, alegría, buen humor, tolerancia, gratitud, etc.<sup>49</sup>. Y a nivel social, a la veracidad, respeto de la buena fama, lucha contra la calumnia, mentira y doblez; a la prác-

43. Á. DEL PORTILLO, *Presentación*, a *Amigos de Dios*, o.c., p. 12.

44. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Surco*, o.c., n. 949.

45. *Ibid.*, n. 158.

46. ID., *Camino*, o.c., n. 289.

47. ID., *Conversaciones con Mons. J. Escrivá de Balaguer*, o.c., n. 116. El subrayado es nuestro, porque nos interesa destacar la dimensión cotidiana de la santidad. Cfr. la afirmación de Lc 9, 23 de la nota 27.

48. Cfr. la homilía *Virtudes humanas*, del 6-9-1941, publicada en *Amigos de Dios*, o.c., nn. 73-92.

49. Basta recorrer el índice de *Surco* para apreciar como el volumen desarrolla todas estas virtudes. Lo mismo sucede con el volumen de homilías *Amigos de Dios*.

tica de los deberes y derechos en el campo del trabajo profesional, a la justicia vivida a la luz de la caridad cristiana, a la paz, la amistad y la comprensión. Sólo sobre una base humana sólida y atrayente veía la posibilidad de construir un cristianismo fiel al modelo, que es Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre.

— la santidad en la vida cotidiana no es la actitud propia del asceta o del egoísta, pues no es posible el cristianismo donde no hay disponibilidad a servir al prójimo. Un texto vale como ejemplo de una idea constante en la predicación del Beato: «¡Ojalá te acostumbres a ocuparte a diario de los demás, con tanta entrega, que te olvides de que existes!»<sup>50</sup>.

— la santidad exige *coherencia*, ser «cristianos de una pieza». El cristiano no es una creatura distinta a las demás, alguien que pueda considerarse perfecto, un «puro». Como cualquier otro hombre, tiene límites, imperfecciones, y está herido por el pecado. No se trata pues de identificar la santidad con la impecabilidad o la perfección estoica. El buen cristiano tiene el deseo de ser coherente con la vocación evangélica, y de actuar en consecuencia, ayudado por la gracia divina. Se lee por ejemplo en *Surco*: «Con tu conducta de ciudadano cristiano, muestra a la gente la diferencia que hay entre vivir tristes y vivir alegres; entre sentirse tímidos y sentirse audaces; entre actuar con cautela, con doblez... ¡con hipocresía!, y actuar como hombres sencillos y de una pieza. —En una palabra, entre ser mundanos y ser hijos de Dios»<sup>51</sup>. El cristiano no se distingue por ser un super-ciudadano, sino por su empeño en vivir las virtudes propias del Evangelio: alegría, audacia, sencillez, sentido de filiación, etc.

Hemos visto que las razones por las que una persona puede valorar la vida cotidiana son muy diversas: algunas porque la consideran el medio material de sustento económico y de *status* social; otras porque la valoran como ocasión para perfeccionar las propias capacidades; otras porque tienen la certeza de que la vida de cada día es el camino a través del cual se modela la historia. La doctrina del Evangelio ofrece la posibilidad de integrar la vida ordinaria de la gente común en el ámbito de lo divino. No oponiendo lo humano a lo divino, lo natural a la gracia, lo material a lo espiritual, como si fueran opciones excluyentes entre sí. Cristo ha unido en su Persona la naturaleza divina a la naturaleza humana. El Beato Josemaría Escrivá, al predicar con determinación la santidad en medio del mundo, quiere conducir las almas a Dios sin negar la bondad de las realidades humanas no-

50. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Surco*, o.c., n. 947.

51. *Ibid.*, n. 306.

bles: la vida de cada día no es un obstáculo al proyecto divino, algo que es necesario soportar con paciencia purgativa. Tampoco son los cristianos unos segregados del mundo, gentes extraordinarias, que no se mezclan con las cosas de esta tierra, o, a lo más, que las toleran como algo necesariamente yuxtapuesto al espíritu, mientras viven aquí abajo<sup>52</sup>. Santificar la vida cotidiana implica afirmar por un lado que las realidades humanas honestas tienen un valor en sí mismas porque han sido queridas por Dios, y que esas realidades cotidianas pueden llevar a la felicidad y al desarrollo completo de la persona; y además, que esto es posible si se las vive con espíritu evangélico y se las acoge como ocasión de entrega a Dios y servicio a los demás hombres.

52. Cfr. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, homilía *Amar al mundo apasionadamente*, en *Conversaciones con Mons. J. Escrivá de Balaguer*, o.c., 113.